

RESEÑA CRÍTICA DE LA NOVELA **NECESITAMOS NOMBRES NUEVOS**, DE **NOVIOLET BULAWAYO**

Pablo Blanco

“Mirad cómo se marchan en tropel, los hijos de la tierra (...)”

Con *Necesitamos nombres nuevos* se viaja. Se viaja a territorios convertidos en campos de batalla entre la violencia, estatal y cotidiana física y simbólica, y las voces que resisten a diario en las condiciones multisituadas que se hacen presentes en la novela.

Darling es la voz narrativa, niña primero, adolescente después, que Bulawayo eligió para dar cuenta de la vida de una joven desde sus primeros años en los barrios de un pueblo de Zimbabwe hasta el “sueño americano” de su experiencia en Estados Unidos. Al elegir esa voz, la autora apela a humanizar las márgenes a partir de las representaciones que emergen de los pensamientos y de las palabras de sus personajes: cuerpos del ser y del no ser, silencios que hablan y dicen, buscar estar mejor, soportar la violencia estatal en el propio país y la policial en Estados Unidos, temor a la deportación, vergüenza. Darling es una niña/adolescente pobre y negra, inteligente e irónica. Y así resiste, desde una voz a la vez que inaccesible, desafiante, sin abrumar con estereotipos y sin minimizar los pequeños relatos, reconfigurando su identidad a lo largo de la novela.

Los que no tienen nada cruzan fronteras. Los que tienen fuerza cruzan fronteras.

Los que tienen ambiciones cruzan fronteras. Los que tienen esperanza cruzan fronteras. Los que han perdido cruzan fronteras. Los que sufren cruzan fronteras.

Nacida como Elizabeth Tshele, en Tsholotsho, Zimbabwe, en 1981, NoViolet Bulawayo (apodo que reúne el nombre de su madre, fallecida cuando tenía 18 meses, y el pueblo donde fue criada), vivió en su país hasta los 18 años, para luego partir a los Estados Unidos, donde actualmente reside y desarrolla su carrera como escritora. Allí fue finalista del premio Man Booker, en 2013, convirtiéndose en la primera mujer africana y la primera persona zimbabwense en ser seleccionada para ello. Es de la generación de los y las “nacidos y nacidas libres”, luego de la obtención de la independencia de ese país y su obra se inscribe dentro de la iniciativa literaria panafricana denominada Writivism.

La novela da cuenta, en primer lugar, de la destrucción de un país, desde las voces de la niñez, para luego abordar, más profundamente, la actual era de las migraciones, sean estas Sur/Norte (a Estados Unidos, Europa) o Sur/Sur (a Sudáfrica, Namibia, Angola). En este sentido, ¿qué significa la experiencia migratoria en estas trayectorias? Son históricas, con corporalidades y subjetividades marcadas a fuego por tensiones y conflictos: migraciones de docentes a Botswana, Sudáfrica, Namibia; migraciones de los trabajadores de las minas hacia otros países vecinos, regresados casi todos infectados por el virus del sida; migraciones en búsqueda de vidas mejores en los países de Occidente, que la BBC y otras cadenas televisivas ofrecen a lo largo y ancho del planeta. Porque migrar es sentirse mal con el cuerpo propio, con la propia mente. Porque migrar es la ilegalidad permanente, la casi muerte, la posibilidad de convertirse en fantasma.

(...) Se mueven, corren, emigran, se van, desertan, caminan, renuncian, vuelan, huyen... A todas partes, a países cercanos y remotos, a países de los que no han oído hablar, a países cuyos nombres no saben pronunciar (...)

En *Necesitamos nombres nuevos*, las dimensiones de raza, clase y género moldean las subjetividades migrantes, desde una historia suscrita por el colonialismo y el neocolonialismo hasta esas historias mínimas de fronteras, de rutas, de despedidas, de llantos, de reencuentros, de risas, de amor, de broncas. Sí, con la novela se viaja: el juego de los países (donde todos quieren ser Estados Unidos o alguna nación europea); los nombres de los barrios (Budapest, Paraíso, Estambul, Shanghái); los destinos neocoloniales para el extractivismo en los países

fronterizos de Zimbabwe; el proyecto de una África blanca desde el sur del continente hasta la provincia de Katanga en el Congo; las luchas de liberación nacional; el fracaso de ese proceso en los años posteriores a la independencia; los barrios del Estados Unidos “profundo”, experimentado por Darling, ya convencida que su sueño americano es una pesadilla eterna que deben vivir las personas provenientes de África en ese país, donde la violencia policial, la cárcel, la guerra (en otros países, claro), el gueto, el eterno transitar sin papeles que los acerquen a la legalidad y tantísimas otras formas de violencias se hacen presente habitando el Primer Mundo.

En la novela también se viaja a través de las recurrentes e ingeniosas preguntas que los niños se realizan a cada momento: “¿Qué es un africano?”, “¿Qué era lo que pretendían los blancos cuando robaron un país entero en vez de algo pequeño?”, “¿Cómo se va a olvidar alguien de que le has robado una cosa así?” Estos interrogantes invitan a pensar en las identidades territoriales de eso que se generaliza como “África”, a la vez que incitan a recorrer, de manera no lineal, las diferentes temporalidades acaecidas en la región, desde antes que los blancos ocuparan las tierras de la actual Zimbabwe, hasta una sociedad ya caracterizada, en la primera década del siglo XXI, por la corrupción, el neocolonialismo, los planes de ajuste estructural (PAE), el sida, la muerte, la violencia y la persecución hacia quienes se oponían al régimen de Mugabe. En el medio, por un lado, el período colonial, que arrasó con la educación, la economía y la cultura del país, y, por otro, la lucha anticolonial, que llevó a la independencia en 1980, a la recuperación de tierras por parte de los negros, y al acceso a la educación y a la salud por parte de gran parte del pueblo.

(...) Mirad cómo se marchan en tropel, aunque saben que en esas tierras extrañas los recibirán con restricciones, (...) aunque saben que tendrán que hablar en moderados susurros, porque no deben permitir que sus voces ahoguen las de los dueños de la tierra; aunque saben que tendrán que andar de puntillas, porque no deben dejar huellas en la nueva tierra si no quieren que los confundan con aquellos que pretenden adueñarse de ella (...)

Con *Necesitamos nombres nuevos* se viaja a lo que representa el “sueño americano”, tan esperado por Darling, deseando habitar lo que la TV le ha mostrado en los años de su niñez. Darling es mujer, negra y pobre en Estados Unidos; y lo sufre. Vergüenza por comer de manera diferente, por pronunciar mal algunas palabras de la lengua inglesa. El choque cultural es muy fuerte, el destino de los cuerpos negros ya está marcado.

La fluidez en la narrativa de Bulawayo facilita el viaje. Interpela a las adolescencias; complejiza las miradas en torno al continente africano y a quienes allí residen, rompiendo con los estereotipos que anidan en los imaginarios del mundo occidental; muestra la multiplicidad de desplazamientos posibles que pueden existir en un territorio saqueado por el colonialismo y por la elite dominante de Zimbabwe; da cuenta de las idas y vueltas de las hegemonías globales en África, desplegando en la obra retazos de la presencia neocolonial china, compartiendo la explotación del territorio con las potencias europeas y Estados Unidos.

Es un viaje hacia lo más profundo de la subjetividad de una joven que hace lo imposible para salir de esta situación, logrando un relato de resistencia, física, mental, simbólica, que la fortalecen en toda su trayectoria. Trayectoria plagada de relatos, sí, pero también atravesada por silencios que en la novela son significativos: ¿cuánto sabemos del aborto, del sida, de la violencia familiar en la región? La lucha de Bulawayo ante todo esto está en su voz plasmada en la novela, que, según lo ha expresado en numerosas entrevistas, lamentablemente, no llega a las cotidianidades de su país, por al altísimo grado de analfabetismo en que se halla la mayoría de quienes allí habitan.

Por ello, el impacto de la novela adquiere un potencial enorme. Novela de crecimiento; entrecruzamientos entre literatura e historia; la migración reflejada en la literatura; las voces de las niñeces y de las mujeres deconstruyéndolo todo; lengua y territorio; feminismo y feminización de las migraciones; la migración como casi muerte, a la vez que resistencia. Las aristas son múltiples y pasibles de ser discutidas en ámbitos educativos, en jornadas científicas, en círculos de lectura, hacia el interior de organizaciones feministas, entre tantos espacios más.

(...) Mirad cómo se marchan en tropel, acompañados por la pérdida y lo perdido. Mirad cómo se marchan en tropel.

Necesitar nombres nuevos es, para la autora, necesitar nuevas personas, nuevos modos de imaginar y de crear, nuevos modos de ser y estar en un mundo signado por las diferencias entre ricos y pobres, entre blancos y negros, entre hombres y mujeres/disidencias.

De Paraíso a Estados Unidos. De Shanghái a Sudáfrica. De la agricultura al extractivismo. De la violencia al amor. Del sueño a la realidad. De la risa al llanto. Del grito al silencio. De la opresión a la resistencia. De la Historia a las historias.

Con la novela de Bulawayo se viaja. Y ese viaje, siempre, es de ida y vuelta.

REFERENCIA

NoViolet Bulawayo, *Necesitamos nombres nuevos* (2018), Salamandra. Edición de Kindle.